

BETH MOYSÉS: LA IDEA, EL SENTIMIENTO Y LA ESPADA

Esta es la imagen: Un pequeño alfiler de oro, en forma de espada, con dos perlas y dos brillantes, engastado en una gasa quirúrgica y, sobre ella, una frase bordada que, nos remite al Evangelio de San Mateo: "No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada" (10:34-37). Una afirmación de lectura y comprensión ciertamente compleja y hasta quizás -en apariencia- contradictoria.

Ahora, muchos años y muchas vidas después, Beth Moysés presenta una obra, pequeña en tamaño, pero grande en aliento creativo y simbólico, con la que también nos dice: "Nao vim trazer a paz mas a espada" (No vine a traer la paz sino la espada). Esta pieza oficia una especie de ritual de iniciación y obertura para su último proyecto del mismo título, que ahora presenta en la galería Fernando Pradilla. Y se nos muestra como un icono, casi podríamos decir como un exvoto, que irradia una sugerente y potente carga simbólica. Originariamente se trata de una antigua joya que pertenecía a su propia familia.

Al convertirla en obra artística Beth opera un giro lingüístico y metafórico que entronca con algunas de sus principales querencias e intereses como creadora: el sutil y perenne poso que la memoria, personal y colectiva, desprende y con el que nos signa, nos contamina y, al mismo tiempo, nos purifica; la reutilización de objetos a los que confiere un nuevo, poderoso y poético contenido visual y semántico; la adopción de un punto de vista en sus narrativas que entronca poliédricamente con el ámbito, singular y plural, de lo familiar, y por supuesto -siempre- una

decidida, continua, valiente y honrada apuesta por convertir el universo femenino en su territorio vital y artístico.

Estas son, pues, sus auténticas "armas de mujer": el filo y la espada, la idea y el brío, la determinación y el aplomo, y con ellas nos plantea su nuevo proyecto expositivo, en el que habita una decidida y convencida actitud beligerante y cargada de razones. Tengámoslo claro, Beth Moysés ciertamente no ha venido solo a traernos una propuesta de paz, sino también una propuesta de -justa y necesaria- guerra.

Dentro de ese indudable protagonismo que la esfera de lo femenino ha venido ocupando en su propia esfera como creadora, la violencia de género ejercida sobre las mujeres, sentidas y vividas desde diferentes ángulos, y la dependencia y discriminación social y emocional que sufren son los principales motores de su actividad como artista. Así, desde la década de los noventa ha venido enfocando su trayectoria profesional en el desarrollo de unas prácticas claramente comprometidas con estos temas, desgraciadamente, tan actuales y pertinentes.

Lo que verdaderamente enriquece la mirada -crítica, solidaria y empática- que Beth aporta sobre esas cuestiones que sitúan a la mujer en un campo de conflictos con el hombre, la familia y la sociedad, es la dimensión compleja, trasgresora, individual y a la vez universal, llena de registros líricos, pero también yo incluso diría épicos, que aporta, y que se nutre no solo de su propia experiencia personal y autobiográfica sino igualmente de múltiples contribuciones por parte de otras experiencias colectivas. De hecho, se la puede considerar como una verdadera pionera

en el trabajo colaborativo que engloba la presencia de muchas mujeres dentro de un espacio público.

En este sentido, la estrategia expresiva de la performance, un medio vivo y que mueve sentimientos, es el espacio de dicción y de acción en el que Beth Moysés se desempeña con soltura y sabia maestría. Un lenguaje terapéutico y taumatúrgico que posiblemente tenga como objetivo final y principal el de servir de sanación de todo el sufrimiento coral de un colectivo tan herido como el femenino. Ella misma afirma: "La performance vino cuando el trabajo me dijo: necesito algo más, algo que tenga vida, que se mueva y que contenga sentimiento de verdad".

Y, ciertamente, verdad -la de la necesidad de dar(nos) para también recibir(nos), y vida -aunque sea una vida por un breve tiempo quieta-, están asimismo presentes en la nueva performance que la propia artista va a presentar en la inauguración de la muestra, "1.200 veces mi corazón": su cuerpo yacente durante esa misma cantidad de segundos, con una piedra de cuarzo rosa en el chacra del corazón.

Pero, aun siendo el lenguaje performativo uno de los principales registros de su proceso de creación, y por el que quizás ha alcanzado un mayor reconocimiento, lo cierto es que sus mecánicas artísticas se amplían también a otros formatos como la fotografía, el vídeo e incluso el dibujo, casi todos ellos igualmente presentes en la muestra.

A partir de esa pieza inicial que hemos mencionado, el proyecto de Beth Moysés va desplegando toda una serie de objetos que actúan como los hitos de un itinerario simbólico, y a la vez plástico. De esta forma, una bandera de tela (empleada en su performance *Aurora*) se convierte en un nuevo

eslabón que recorre todo el espacio expositivo, enlazando lecturas y sugerencias con otras obras objetuales, como es el caso de una pequeña cuna metálica (vinculada al video *129 En llamas*) que alberga unos carretes metálicos impregnados de un fuerte simbolismo relacionado con los puros inicios del movimiento feminista, o también, entre otras, un bloque cúbico de escayola, rememorando y remedando el vínculo esencial con lo materno a través de la puerta umbilical a la vida. Una vida que, por otra parte, da -literalmente- sus primeros pasos de una forma alegórica y poética por medio de un molde de los propios pies de la artista.

Ese trayecto se va engarzando a su vez con otro conjunto de obras que se formalizan mediante el concurso del video, documentando algunas performances, como *Las malas muertas* y la ya citada *Aurora*, o construyendo una excelente narrativa animada a partir de figuras seminales de la creación feminista (*Brotar sentidos*), y también de la fotografía, donde nos propone una de las piezas más atractivas y elocuentes de la exposición. Me refiero a *Yo, El Cielo: En el Aislamiento*, un grupo de 80 fotos de pequeño formato, que recogen la mirada que Beth, como una especie de personal cuaderno de bitácora, arrojó a la realidad y al mundo a través de su ventana durante el pasado confinamiento.

Francisco Carpio